

Al efecto, mandaban á los guardias nacionales que velasen por la tranquilidad de las ciudades y de los campos hasta la llegada de las tropas imperiales y reales. Los que se batan contra estos serán castigados como rebeldes á su rey y perturbadoras del reposo público. Iguales intimaciones se hacían á los

oficiales y soldados del ejército regular, y á los paisanos. A la ciudad de París se le prevenía que desde luego se sometiera, sin distinción de habitantes, y sin retardo al rey. Previendo que «sus majestades imperial y real hacen responsables personalmente á todos los miembros de la Asamblea



El 20 de Junio en las Tullerías

nacional, de la municipalidad y de la guardia nacional de cuanto pudiera ocurrir, declarando que si el palacio de las Tullerías es violado ó insultado, ó si el rey es víctima del menor ultraje, lo mismo que la reina ó demás familia real, ó sino se atiende debidamente á su seguridad, que de ella tomaran una venganza ejemplar y memorable, entregando á la ciudad de París á una ejecución militar y subversión total, entregando á los revoltosos á los suplicios que hayan merecido.»

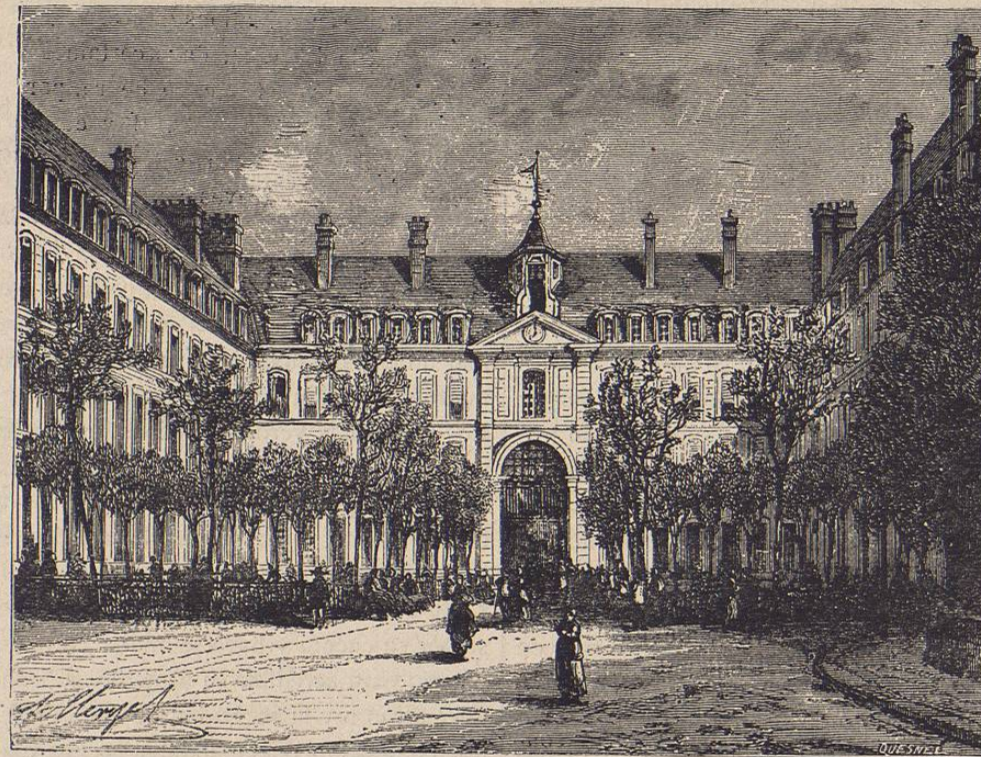
Este manifiesto, convenció, dice Sybel, á los revolucionarios de la suerte que les esperaba de triunfar

la reacción. «Así dice uno de ellos, Beaulieu, aún cuando hubiésemos vacilado, era ahora necesario que decidiéramos á la nación á quemar sus naves, procurando ponerla de nuestra parte de una manera irrevocable.» La Gironda buscó, pues, el medio más rápido y eficaz de asegurarse el poder, pero sus miembros no pudieron ponerse de acuerdo. Querían algunos conservar la monarquía y no cambiar más que la persona del monarca. Según estos, era necesario dejar de lado á Luis XVI y pronunciar su destitución; el Delfin le sustituiría y la Gironda se apoderaría de la regencia; esto haría necesario con-

vocar una Convención nacional, encargada de revisar la Constitución, pero se contaba con que se lograría asegurar por adelantado la mayoría, declarando que dos terceras partes de la Asamblea deberían formar parte de ella, y el decreto de convocación se contaba poderlo lanzar según Prudhomme el próximo 10 de Agosto. A Condorcet se le indicaba para preceptor del joven rey, á Petion se le adjudica la presidencia de la regencia, y Roland, Servan y Claviere debían ser de nuevo ministros.

Pero Vergniaud declaró que llegado ya el caso era una locura y un crimen rechazar por más tiempo el ideal de la libertad, el gobierno republicano. Pidió empero una Convención, pero para abolir la monarquía, y como primer paso para derribar el trono quería la suspensión del rey, y no su destitución que le daba en el Delfin un sucesor.»

Mientras los girondinos se mecían en estas esperanzas, los hombres de acción se reunían el 26 de Julio en el figón del *Soleil d'or*, allí no faltó ninguno



Patio del club de los Quinze-Vingts

de los organizadores del 20 de Junio. Allí acudieron Santerre, Fournier el americano, el polonés Lazousky, Carra, Vaugeois antiguo camarada de cartería de Petion, Simon discípulo fanático de Robespierre; y un simple aguacil de Haguenau que muy pronto iba á ser el terrible general Westermann, el vencedor de Laval de Granville y de Savenay. Pero por allí no aparecieron ni Danton que se dejaba ver poco, ni Robespierre. Parece que á uno y otro se les tenía en reserva por su significación y mérito para dirigir el movimiento, sobre todo, desde el momento en que saliera de su período caótico ó de la calle. En esta reunión en donde se forjaba el rayo que había de abrazar la monarquía, hubo de discutirse lo que convenía hacer el día 29, fecha en que se esperaba la llegada de los marseleses á quienes se había he-

cho una reputación tan extraordinaria que no parecía sino que París con sus cuarenta ó cincuenta mil hombres armados, todo lo debía esperar y temer de los 615 marseleses que Barbaroux, el jefe suelto de acción de los girondinos, esperaba llevar á donde quisiera.

Los marseleses llegaron en efecto el 29, pero Santerre que se había comprometido á salir á recibirlos con 40.000 de los hombres de los barrios. Salió á su encuentro en Charenton sólo con 200. Barbaroux acusó de esto á Robespierre, y es posible que tuviera razón. Robespierre no podía apoyar un movimiento que llevara á los girondinos al poder.

El recibimiento, sin embargo, fué entusiasta y cómo no si para despertar el entusiasmo público desfilaban cantando el himno de su nombre que por

primera vez resonaba en las calles de París, esperando el momento de hacerse oír en toda Europa?

Pero no fueron los marseleses los autores del himno de su nombre. Este nació en la Alsacia, en casa del alcalde de Strasburg, un amigo de Lafayette, un día en que el entusiasmo por la guerra llegó á su colmo. El autor fué Rouget de Lisle oficial del cuerpo de ingenieros del ejército del Rin, y por esto se conoció este canto con el nombre de *Himno del ejército del Rin*. Hoy parece haber demostrado la crítica que respecto de la música Rouget no hizo más que lo que Puerta con el himno de Riego, esto es, acomodar una música conocida á una letra nueva, pero esta letra, sí, es suya, y ella basta para su gloria, pero, ¿quién diría que el hombre que escribió é hizo cantar á los ejércitos de la revolución

Voilà cet ordre d' esclaves,
De trâîtres, de rois conjures,

se sintió profundamente herido por el 10 de Agosto, hasta el extremo de perderlo todo, esto es, su carrera militar, su popularidad y su genio?

Esto es necesario tenerlo presente para no juzgar como los contemporáneos de los sucesos que nos ocupan la que parecía equívoca conducta de los girondinos. No, los girondinos eran republicanos, querían la república, pero en aquellos momentos no la creían posible. Y así son las cosas de este mundo, que lo mismo se peca por carta de más que por carta de menos. ¿A quién le es dada la intuición de la oportunidad, si todos presumimos poseerla? Esta cuestión de lo posible ó de lo imposible nunca como en los días que historiamos se presentó menos clara.

Luis XVI creyó oportuno presentar el 2 de Agosto á la Asamblea el manifiesto del duque de Brunswick, cuando ya la Asamblea había decretado que se trataría á los enemigos como ellos tratasen á los franceses, y cuando las cuarenta y siete secciones de París habían mandado que Petion presentase á la Asamblea su petición para que el rey fuera destituido. Una de las secciones, la de Mauconseil, sin duda para no faltar á su nombre, tomó el acuerdo de no reconocer desde aquel momento la autoridad del rey á quien daba ya por depuesto, y Vergniaud creyó oportuno el 4 de Agosto hacer anular por la Asamblea el decreto de la sección de Mauconseil por inconstitucional, que el consejo departamental creyó oportuno hacer público de una manera solemne mientras la municipalidad de París lo estima todo lo contrario y se negó á su publicación. De la que resultó un conflicto entre las secciones y la Asam-

blea, pues la más ardiente de las secciones, la que se reunía en los Quinze-Vingts, barrio de San Antonio, toma partido por la de Mauconseil y entrambas decidieron ir á la Asamblea en corporación para convencerla de que para ellas Luis XVI había dejado de reinar, y Petion solo pudo lograr que esperaran hasta el día 9 y á esto accedieron haciendo público «que si la Asamblea no hacía justicia al pueblo, á media noche se tocaría á arrebato, y la generala por las calles y que todo el mundo se levantaría.» Este acuerdo de la sección de los Quinze-Vingts fué adoptado por muchas otras y por los comités revolucionarios. Hé aquí á que extremos había llevado tanta inoportunidad.

El 10 de Agosto, pues, se anunció á la manera antigua. El representante del antiguo régimen, de la época caballeresca había sido desafiado en regla. Para el 10 de Agosto se habían citado las partes. Si los revolucionarios se prepararon para el ataque en las Tullerías se prepararon para la defensa. Alisóse gente, se animó á los suizos, y se procuró formar un cuerpo auxiliar en el exterior dándole por punto de reunión un local próximo á las Tullerías. Los antiguos y verdaderos constitucionales, los que todo lo habían sacrificado á la alianza del rey con la libertad, pidieron á los reyes por los que tanto habían hecho, el honor de defenderlos. Los reyes se lo negaron, y estos hombres que se llamaban Lally-Tollendal, Narbonne, etc., resolvieron armarse por su cuenta y hacerse matar en el exterior del palacio para acreditar su firmeza y su lealtad. Tenía además, el rey la seguridad de que el jefe de legión que en aquellos días mandaba la guardia nacional, era un pundonoroso militar y á la vez feillant, y por lo tanto, podía contar con buena parte de la guardia nacional dado caso que, ésta obedeciese á su jefe, y Mandat creía que por lo menos podía contar con diez y seis batallones.

Mandat cuando oyó á los revolucionarios tocar á arrebato hizo á su vez tocar llamada y tropa ocupando inmediatamente los puntos estratégicos. En el puente nuevo colocó el batallón de Enrique IV con artillería al objeto de impedir la reunión de los amotinados de uno y otro lado del Sena. Otro batallón de los de confianza lo colocó cerca de las Casas Consistoriales, y á las Tullerías mandó además de un millar de caballos, nueve piezas de artillería destinadas á limpiar los alrededores del palacio real.

Mientras tanto ibanse reuniendo en las Casas Consistoriales los delegados de las secciones que había hecho nombrar por ellas para proceder de un común acuerdo al estudio del campamento que

debía formarse en los alrededores de París para defenderla contra la invasión. De las cuarenta y ocho secciones veinte no enviaron representante alguno, y la mayor parte de ellos eran gente oscura, pero Hebert estaba entre los elegidos. Constituido el comité de las secciones buscó inmediatamente los medios para hacer naufragar el plan de Mandat y como le diese orden de presentarse y no obedeciera, le hizo llamar por el municipio, y entonces Mandat solo y confiado se presentó delante de los que le llamaban. El municipio se limitó á reprenderle por las medidas que había tomado, pues decía que habían difundido la inquietud por todas partes y que además aquello era provocar la revolución, á todo trance respondió Mandat, que él no había hecho más que tomar las medidas necesarias para defender el palacio real cuya custodia le estaba confiada.

Ibase ya á retirar Mandat cuando poco menos que por la violencia se le llevó delante de la comisión de las secciones. Declaróle ésta destituido previéndole que se había nombrado para reemplazarle á Santerre, y se le mandó que diera orden para que la gente enviada á las Tullerías se retirara dejando su guardia como de ordinario, á lo que se negó rotundamente Mandat; en esto se recibe copia de la orden que Mandat había dado á un batallón para que cargase por la espalda á los que se presentasen delante de las Tullerías, y en su vista, el presidente Huguenin decretó el arresto de Mandat.

Cuando el municipio supo lo ocurrido lo reprendió severamente, pero la comisión lejos de intimidarse decretó y disolvió el municipio en nombre del pueblo soberano en estado de insurrección, pero mantuvo en sus puestos la comisión gubernativa ó ejecutiva del mismo compuesta del alcalde, el procurador del municipio y los diez y seis administradores.

El municipio acudió á la Asamblea, y allí fueron también los de las secciones, pero ínterin la Asamblea decidía, ocuparon las secciones la sala del trono y disolvieron el cuerpo municipal. Hecho esto dióse orden de que se llevase á Mandat á la cárcel de la Abbaye, pero al ser conducido en medio de la gran escalera, un miserable le levantó de un pistoletazo la tapa de los sesos.

La gente de los barrios no encontró en su marcha resistencia alguna, pues, en efecto, el asesinato de Mandat quebrantó todo espíritu de resistencia, así pudieron los amotinados de una y otra orilla reunirse sin dificultad, y la caballería apostada en los alrededores del palacio real, se pasó á los gritos repetidos de: «¡Viva la nación!» á los mismos á

quienes tenía orden de acuchillar. Esta defección no dejaba á las Tullerías más defensores que los que estaban de puertas á dentro. A las ocho de la mañana el Carrousel estaba ya invadido. Media hora más tarde la familia real abandonaba las Tullerías que no había de ver más y en las que tantos preparativos de defensa había hecho, acompañándole Roederer con 150 suizos y 300 guardias nacionales á la Asamblea, su último refugio.

La Asamblea que había estado en permanencia durante toda la noche salió á recibirle y gracias á ella pudo atravesar por en medio de la hostil multitud que ocupaba la terraza de los feillants.

Vergniaud presidía en aquella ocasión y le contestó al rey cuando éste le dijo que se presentaba allí para evitar un gran crimen, que podía contar con la firmeza de la Asamblea, pues sus miembros habían jurado morir sosteniendo los derechos del pueblo y las autoridades constituidas. Tres ó cuatro horas más tarde Vergniaud que había cedido la presidencia á Guadet se presentó en nombre del comité de los veintiuno á pedir la suspensión del rey y la reunión de una Convención nacional para determinar sobre su situación y forma de gobierno, y la familia real pudo oír la discusión y ver la votación desde el local asignado á los taquígrafos cuyo arte por vez primera se ejercitaba en recoger la palabra humana con la misma rapidez con que brota de los labios.

Estas tres ó cuatro horas habían sido de grandes angustias para todos. Los diputados se creyeron una vez perdidos al oír sonar los tiros á sus puertas, pero esto sólo era debido á haber descargado al aire los suizos que habían dado escolta al rey para congraciarse con el pueblo que les amenazaba de muerte, y los reyes al oír el ataque y defensa de las Tullerías creyeron poder contar con el triunfo, pues al fin había alguien que se batía por ellos.

Había sucedido en las Tullerías que retirados los guardias nacionales de los patios interiores y forzadas las puertas, Westermann para evitar la efusión de sangre se presentó á los suizos y en alemán les exhortó á que dejasen las armas, pero en este entretanto y sin que se sepa aún quien dió la orden, una terrible descarga dejó limpio el interior del Carrousel, pues á la descarga sucedió un ataque de los suizos á la bayoneta. Pero repuestos los asaltantes que llevaban ahora por delante á los de Marsella y de Brest acorralaron á los suizos dentro de palacio, en donde hubieran sido todos asesinados á no presentarse en aquel momento de Hervilli con una orden del rey para que los suizos cesaran toda resistencia,